

Benito Jerónimo  
Feijoo



Cartas eruditas, y  
curiosas. V

Las *Cartas eruditas, y curiosas* son cinco tomos más del polígrafo y escritor español Benito Jerónimo Feijoo, publicados entre 1742 y 1760.

En ellas el erudito benedictino, con afán continuador respecto de su obra principal, el *Teatro crítico universal*, analiza gran cantidad de ciencias: Física, Matemáticas, Historia Natural, Medicina, Astronomía, Geografía, Filosofía, Economía, Derecho Político, Literatura, Filología, así como de creencias populares (supersticiones, milagros), personajes históricos coetáneos...

Mantiene el tono desmitificador de las creencias más irracionales: milagrería, «opiniones vulgares». También se muestra favorable al método experimental, las ciencias naturales, la reforma de los estudios, y manifiesta un espíritu abierto a las innovaciones. Su estilo es llano, ajeno a la ornamentación y a la artificiosidad del barroco, y con adición consciente de galicismos y latines.

Pero que hable el padre Feijoo:

«Preséntote, Lector mío, nuevo Escrito, y con nuevo nombre; pero sin variar el género, ni el designio, pues todo es Crítica, todo Instrucción en varias materias, con muchos desengaños de opiniones vulgares, o errores comunes. Si te agradaron mis antecedentes producciones, no puede desagradarte ésta, que es en todo semejante a aquéllas, sin otra discrepancia, que ser en esta mayor la variedad; y no pienso tengas por defecto lo que sobre extender a más dilatada esfera de objetos la enseñanza, te aleja más del riesgo del fastidio. VALE».

## Dedicatoria, que hizo el autor al Rey N. Sr. D. Carlos III

Señor,

Había yo empezado a formar esta Carta Dedicatoria para V.M. siguiendo el común estilo de los Autores, que, en la oferta que hacen de algún Libro a algún Príncipe, o Magnate, siempre toman por asunto capital implorar la protección del Patrono que eligen, como medio para lograr la indemnidad de la Obra, que dan a luz. Mas a los primeros pasos, que di por este camino, con mejor consejo, traté de borrar lo poco que llevaba escrito; porque advertí, Señor, que un Libro, en cuya frente va colocado el Augusto nombre de V.M., en él lleva la más eficaz recomendación para salvarle de toda hostilidad. [IV] Sí, Señor; porque en las mismas letras, de que consta el nombre de *Carlos Tercero*, con una especie, como de traducción literal, lee ya todo el Mundo: *Carlos el Sabio, Carlos el Justo, Carlos el Pío, Carlos el Generoso, Carlos el Magnánimo*; que todo esto, y aún mucho más, significa el Regio nombre de *Carlos Tercero*.

Así juzgo, Señor, que el Censor más severo, en cuyas manos caiga este Libro, en atención al Soberano Patrono a quien le consagro, ya que no le conceda la aprobación, que no merezco, no me niegue una benigna indulgencia para los yerros, en que puedo haber incurrido, a que me reconozco tan arriesgado como el que más, no hallándose menos expuesta que otras a varios resbalos mi pluma, mayormente, cuando ya por mi larga edad se ve mal sostenida de una mano trémula.

Empero, Señor, para cuanto, o con justicia, o sin ella, me puede notar la Crítica en los varios asuntos de este Libro, tengo a mi favor una compensación ventajosa en un insigne acierto, que todos advierten en [V] otro Escrito mío, muy anterior a éste. Hablo de aquel pronóstico, que en la Dedicatoria del IV Tomo del Teatro Crítico hice de las sublimes virtudes intelectuales, y morales, que un tiempo había de admirar el Mundo en V.M. como realmente ya ha años que las está mirando, y admirando. De aquel pronóstico, digo, de que hoy estoy recibiendo mil enhorabuenas; siendo cosa de hecho, que hoy de muchas partes, ya de palabra, ya por escrito, me están felicitando de que hablé entonces con espíritu profético. Expresión, que yo acepto no mas que por lo que ella vale; siendo cierto, que para aquel anuncio era superflua la inspiración, pudiendo dictármele la mera luz de la razón natural.

El año de veinte y ocho logré la dicha de ver, y oír a V.M. en el Palacio de Madrid no mas que el corto espacio de un cuarto de hora; y un tan breve tiempo me bastó para concebir las altas esperanzas, que en el referido Escrito manifesté; porque los que el Cielo cría para Héroes, desde la cuna salen con el sello de tales: o nunca son con [VI] toda propiedad niños; u dentro de la misma niñez, todas sus palabras, acciones, movimientos los distinguen de los demás hombres. El que en la edad adulta ha de ser gigante, desde la infancia descubre mayor estatura, que la que corresponde a aquella edad.

No por lo que hasta aquí llevo escrito, ni aún por mucho más que a lo escrito pudiera añadir, temo, Señor, que alguno me acuse de incidir en el pecado común de las Dedicatorias; esto es, el de solicitar el favor del Patrono con indebidos aplausos: que viene a ser lo mismo que negociar la compra de su benevolencia con la moneda falsa de la lisonja.

Digo que no temo esta acusación: ya porque todos saben que sólo pecan de cortos los aplausos, que tributo; co-

mo también que no es estilo de la adulación poner a exhalar en su incensario verdades, sino ficciones: ya porque vivo satisfecho de que tanto se apartará de la verdad quien me impute el vicio de adulator, como el que atribuya la sinceridad con que escribo a la virtud [VII] que no tengo; siendo únicamente efecto de mi genio filosófico, acaso algo más austero de lo que lo permite la política cortesana. Algo más austero digo; pues no sólo he escrito como Filósofo desengañado, mas aún como desengañador severo; habiéndome revestido de este carácter cuando me propuse corregir Errores comunes: empresa arduísima, o como la llamé, en el Prólogo de su traducción del primer Tomo del Teatro Crítico del idioma Español al Toscano, el Señor Marco Antonio Franconi, *asunto máximo*; añadiendo aquel docto Académico de la Romana Arcadia: *Poiche sarebbe voler radrizzare il capo à tutto insieme il genero humano*; lo que quizá podrá servir de disculpa a los que en vez de agradecerme los desengaños como beneficios, procuraron rebatirlos como ofensa.

Mas no tanto fundo por ahora mi justificación contra la nota de adulator en los créditos, que puedo haber adquirido, y creo que en efecto adquirí, de Escritor sincero, cuanto, en que, no sólo lo poco que digo, más [VIII] lo mucho que puedo decir en elogio de V.M. nunca será más que un eco de lo que gritan Italia, y España; siendo las dos Hesperias dos coros, que acordes cantan las excelsas prendas de V.M. en cuya sonora música, no dudo, que, dentro de poco tiempo, entren como acompañantes todas las demás Naciones Europeas, resonando en todas el nombre de *Carlos el Sabio*. Un Antecesor tuvo V.M. en la Monarquía de España, a quien, no sólo los Españoles, mas también los Extranjeros, aún hoy dan este ilustre epíteto, conociéndole más por el nombre de *D. Alonso el Sabio*, que por el de *D. Alonso el Décimo*. Y yo firmemente espero, que V.M. sea más conocido de toda la posteridad por el nombre de *Carlos el Sabio*, que por el de *Carlos Tercero*; y que si llega a

los venideros siglos este Libro, se aplaudirá entonces este vaticinio, que estampo en su Dedicatoria, como hoy se aplaude el que publiqué en la del IV Tomo del Teatro Crítico.

Lo que indubitavelmente se puede asegurar es, que mucho más merece el epíteto de [IX] *Sabio* el Tercero de los Carlos, que el Décimo de los Alfonsos. Dieron, y dan el atributo de *Sabio* al Décimo de los Alfonsos, porque era inteligente en la Ciencia Astronómica. Corto mérito en un Rey, que sabía poco, o nada de aquélla, que justamente se llama Arte de Artes, y Ciencia de las Ciencias: *Ars Artium, & Scientia Scientiarum hominem regere*; por lo que dijo de él un célebre Historiador Español: *Dum coelum considerat, terram amisit*. Mientras especulaba el curso de las estrellas, no advertía las conspiraciones, que tramaban sus Vasallos, ni las usurpaciones, que padecían sus Dominios.

Ya sabemos, Señor, que a V.M. bastarían, para gozar el blasón de *Sabio*, las luces, que ha adquirido en algunas de aquellas Ciencias, o Artes, que son dignas de la aplicación de un Rey, por lo mucho que conducen a la utilidad del Reino, como la Táctica, la Náutica, y la Fortificación, o Arquitectura Militar. Pero incomparablemente con más razón le es adaptable el brillante [X] título de *Sabio*, por las muestras, que continuamente nos da de ser consumado en la que, con justicia, obtiene el nombre de Arte de las Artes, y Ciencia de las Ciencias: *Ars Artium, & Scientia Scientiarum hominem regere*; haciéndonos dudar cuál es mayor en las providencias, que establece para el bien de su Reino, si el acierto con que nos gobierna, o el amor con que nos mira.

No ignoro, Señor, que todos los Reyes están obligados a amar a los Vasallos como hijos suyos. Pero en orden a esto mismo observo en V.M. una particularidad, de que no sé si se halla algún ejemplo en la Historia; y es, que V.M. mucho antes que el de Rey empezó a ejercer con los Españoles el oficio de Padre. Dígalo la memorable acción de Veletri, en que V.M. sin más necesidad, que la que le imponía la

ternura del cariño hacia su amada Nación, salió a exponer su Persona, para salvar la Tropa, conducida por el Conde de Gages, del total estrago, que la amenazaba; y de que, por la superioridad de la fuerza opuesta, no podía redimir-la, ni la [XI] pericia del Caudillo, ni el valor del Soldado.

No más, Señor, porque ya escrupulizo divertir a V.M. aún la angosta duración de un minuto, de la atención con que V.M. incesantemente está procurando el mayor bien de su Reino. Y concluyo, suplicando humildemente a V.M. tenga a bien aceptar este pequeño Libro, como explicación de mi agradecimiento, a la dádiva de dos, a todas luces muy grandes, impresos por su Orden, y a sus expensas, con que la espléndida magnificencia de S.M. se dignó de honrar mi pequeñez.

Nuestro Señor guarde a V.M. muchos años. Oviedo, y Enero 25 de 1760.

Señor.

Fr. Benito Feijoo.

## Vice-Prólogo, o como Prólogo.

Lector amigo (que bien puedo tratarte como tal, porque sé que debo una muy buena voluntad a los más, que, en consecuencia de haber leído mis Obras anteriores, leerán también la que ahora doy a luz), siete años ha me despedí de ti en el Prólogo del IV Tomo de mis Cartas, pareciéndome, con gran fundamento, que aquél sería el último. Y ve aquí que, en pos de aquél, viene otro, que, a trompicones, fui después trabajando. Y acaso tampoco será ésta mi última producción; porque Dios, que, sin esperarlo yo, me alargó la vida hasta ahora, puede alargarla algunos años más. Y no es totalmente inverosímil que lo haga, habiéndome mostrado la experiencia, que yo soy uno de aquellos poquísimos hombres, que viven más de lo que esperaban vivir. Si sucediere así, no es imposible que tal cual rato tome la pluma para tirar uno, u otro rasgo; porque mi genio es tal, que me avergüenzo de estar enteramente por demás en el mundo; aunque todos los días estoy viendo innumerables ejemplares de una perfecta ociosidad en tantos hombres, que parece habitan la tierra no más que para disfrutarla; olvidados de aquella pena del pecado, que Dios impuso a Adán, y en él a todos sus hijos, de no gozar sus frutos, sino a costa de sus fatigas: *In laboribus comedes ex ea cunctis diebus vitae tuae* {(a) Genes. cap. 3. vers. 17.}, cuyo texto yo tomo a la letra, para no excusarme de algún trabajo, con el motivo de mi ancianidad; porque la extensión a toda la duración de la vida: *Cunctis diebus vitae tuae*, manifiestamente comprende también todo el tiempo de la senectud. Y no tengo más [XVI] que decirte por ahora, Lector amigo, sino que te rue-



go me encomiendes a Dios, no para que me dé muy larga vida, que bastante larga ha sido ya (ojalá, así como he vivido mucho, hubiera vivido bien), sino una buena muerte. Y ya que ésta es segunda despedida, a Dios segunda vez.

## Discurso primero

Persuasión al Amor de Dios, Fundada en un principio de la más sublime Metafísica, y que es juntamente un altísimo dogma Teológico, revelado en la Sagrada Escritura

### Discurso primero.

1. Cuando Dios trató de hacer a Moisés Plenipotenciario suyo para el gran negocio de libertar a su Pueblo de la opresión, que padecía debajo de la tiránica dominación de los Egipcios: Señor le replicó Moisés, si me preguntaren, ¿quién me dio esta comisión, o qué nombre, qué carácter tiene, qué respuesta les daré? *Yo soy el que soy*, le respondió Dios: *Esto dirás a los hijos de Israel: El que es, me envió a vosotros. Ego sum qui sum: sic dices filiis Israel: Qui est, misit me ad vos.* ¡Oh enigma divino!, ¡Oh sentencia de una inmensa profundidad!, ¡Oh Océano, cuyas márgenes ignora toda criada inteligencia! ¿Pero cómo ha de hallárselas, si no las tiene? En estas pocas, pero supremamente misteriosas palabras, está contenido aquel, que llamo *principio de la más sublime Metafísica, y altísimo dogma Teológico, revelado en la Sagrada Escritura.*

2. *Aquél, que es, me envió a vosotros.* En esta cláusula está la verdadera definición de Dios. A quien pregunte

quién es Dios, la respuesta legítima, y aún única, es: *Aquél que es*. Así se definió Dios a sí mismo; y ¿quién podría definir a Dios, sino el mismo Dios? No es esta definición [2] conforme a las reglas de la Dialéctica, que nos dan en las Escuelas. Sería indigna de Dios, si se sujetase a esas reglas. Fue Autor de ellas Aristóteles, y era el ingenio de Aristóteles, aunque grande para de tejas abajo, muy poca cosa para fundar reglas, que pudiesen subir tan arriba. Es de esencia de la definición Aristotélica la composición de género, y diferencia. Y lo primero, repugna en Dios toda composición, por la suma simplicidad de su ser. Lo segundo, repugna género, porque éste es un concepto de potencialidad, por consiguiente de imperfección, totalmente ajeno a la infinita actualidad, y perfección del ser Divino. Lo tercero, tampoco cabe diferencia propiamente tal en Dios, porque como Ente infinito, es preciso comprenda en sí mismo toda la amplitud del ser (esto es ser con propiedad Ente infinito); y así no puede considerarse propiamente diverso, o como disgregado de algún otro ente.

3. En lo que acabo de decir, apunto la doctrina, con que se puede explicar, cuanto cabe en nuestra limitadísima capacidad, aquella definición, que Dios por medio de Moisés, dio de sí mismo a los Israelitas, y Egipcios: y por medio de la Sagrada Historia del Éxodo, a todos los que leemos aquel Divino Libro.

4. Sí. *El que es*. Ésa es la definición de Dios. Pero dirásme: ¿Cómo puede ser ésa la definición de la Deidad, si no hay cosa alguna, de quien no se pueda afirmar lo mismo? El hombre es, el bruto es, la planta es, el Cielo es, la tierra es, &c. ¡Oh, que eso es no percibir el concepto de aquella Soberana sentencia! Hay una gran diversidad, o una suma distancia de afirmar que una cosa es, a afirmar que el ser sin contracción, u determinación a alguna especie, o género es su constitutivo adecuado, o expresa su verdadera noción. Lo primero se puede afirmar en todo ente criado. Lo segundo sólo del Ente infinito; porque lo mismo es expli-

carle por el ser sin determinación, o contracción alguna, que concederle un ser universalísimo, un ser ilimitado, un ser, que carece de toda [3] margen, orilla, o término. Esto es lo que los Teólogos Escolásticos con gran propiedad llaman plenitud del ser, *plenitudo essendi*, y que se puede apreciar como un excelente comentario literal del texto, *qui est misit me ad vos*.

5. Como, según el axioma filosófico, *opposita iuxta se posita magis elucescunt*, dos extremos opuestos dan un concepto más claro de sí mismos, comparando uno con otro, que considerados cada uno por sí solo separadamente: comparando el Ente infinito con el finito, el Criador con la criatura, me prometo ilustrar, o aclarar más la altísima idea del Divino Ser, que nos sugiere la definición suya, que Dios comunicó a su amado Siervo Moisés. Pero descendiendo de aquel extremo a éste, volviendo los ojos del Criador a la criatura, de aquella altura a este abatimiento, ¿qué veo acá abajo? Nada veo, o lo que veo es nada. Y no se piense, que éste es un hipérbole poético: es una realidad filosófica, y teológica.

6. Asientan los Astrónomos, que si Dios colocase un hombre en el Planeta Saturno, que es el más elevado de todos, y de allí quisiese mirar la tierra, volviendo los ojos a esta parte, donde está situado el globo, que habitamos, nada vería. Dista Saturno de nosotros más de trescientos millones de leguas; y siendo evidencia de la Óptica, que los objetos tanto menores aparecen, cuanto a mayor distancia se miran, se sigue que la apariencia de la tierra, para quien la mirase desde aquella altura, sería mínima, sería ninguna. Lo propio sucede a quien de la contemplación del Criador vuelve los ojos hacia la criatura. ¿Qué ve en ésta? Nada; aún con más razón, que el que mirase la Tierra desde Saturno, porque dista infinitamente más el Criador de la criatura, que Saturno de la tierra.

7. Nada ciertamente se puede decir que es la pequeñez de la criatura, comparada con la grandeza del Criador. Pero

aún considerada en sí misma, y prescindiendo de toda comparación, o respecto, ya que no sea absolutamente nada, se puede con toda propiedad afirmar, que es un *casi nada*. Esta noción da de su materia primera [4] la Escuela Peripatética, rebajándola a tal pequeñez, que no duda pronunciar que es un *casi nada*, *prope nihil*. Esto dicho de la materia primera, como tal, o por razón de tal, puede admitirse sólo como un hipérbole filosófico; pues ella realmente tan ente es, tan obra del Criador, tan extraída de la nada es por la Omnipotencia, como el Cielo, la tierra, los hombres, y los Ángeles. Así lo siento con mi Escuela Benedictina contra los que apocan esta desvalida substancia incompleta, hasta negarle lo que llaman *acto entitativo*; para lo cual, el apoyo que hallan en Aristóteles (II. Metaph. Cap. 2.) acaso no es tan seguro como piensan.

8. Mas nótese, que en la proposición de que la materia primera es un *casi nada*, *prope nihil*, hablo de la materia primera, como tal, o por razón de tal. Pero si se habla de la materia primera, como ente criado, y en razón de tal, siento, que no hiperbólicamente, sino con toda propiedad filosófica, se puede afirmar, que es un *prope nihil*. Ella tan ente es como todos los demás entes criados. Pero ella, y todos los demás entes criados no son más que un *prope nihil*, un *casi nada*.

9. Si a algunos pareciere extraña, o disonante esta proposición, les intimo, que la misma puntualmente se halla en la Sagrada Escritura. *Omnes gentes quasi non sint, sic sunt coram eo, & quasi nihilum, & inane reputatae sunt ei*, dice el Profeta Isaías, cap. 40. Veán aquí literalísimamente en este *quasi nihilum* aquel *casi nada*, o *prope nihil*, que yo extendiendo de la materia primera a todos los demás entes criados. Si a todas las gentes, a todos los hombres reputa, o reconoce Dios por una *casi nada*, ¿qué otro concepto se puede hacer de todas las demás criaturas?

10. Mas como no hay texto, por claro que sea, cuyo testimonio no se pueda eludir con voluntarias interpretacio-

nes, esta misma verdad del *casi nada*, que atribuyo a toda criatura, se probará con una delicada, y juntamente sólida metafísica. Señálese entre todos los entes criados el individuo que se quiera, y sea, v.gr. Pedro. ¿Qué es Pedro? [5] Es un tal hombre determinado, y nada más. ¿Qué quiere decir esto? Que tiene una partícula minutísima de ser, sumergida en una infinidad de nadas, o carencias. Es un minutísimo ser, y un infinito nada. Tiene de nada todo lo que le falta, y lo que le falta es infinito; porque le falta el ser de todos los demás entes, no sólo existentes, sino posibles, cuya colección excede a todo número imaginable.

11. Todo esto, que falta a la criatura, tiene el Criador. La criatura es nada, o casi nada; el Criador es todo. La criatura es una infinidad de carencias; el Criador una infinidad de entidades. Todo lo que tiene de entidad la criatura, es perfección. Así no es imperfecta por lo que tiene, sino por lo que le falta. Y como a Dios no falta alguna perfección posible, tampoco falta alguna entidad posible. Es un ente infinito, y no lo sería, si careciese de alguna porción, la más pequeña de todo lo que es entidad.

12. En el Catecismo del Padre Gaspar Astete, por quien se enseña la Doctrina Cristiana a los niños a la pregunta: *¿Quién es Dios nuestro Señor?* se responde, *que es una cosa la más excelente, y admirable, que se puede decir, ni pensar.* Esta respuesta, en el lenguaje regular de que usamos, común a doctos, e indoctos, es verdadera, y nos insinúa bastantemente el concepto, que debemos formar de la Divinidad. Mas hablando en rigor filosófico, y teológico, se puede decir, que Dios no es *una cosa*, sino todas las cosas: *no la cosa más excelente, sino la excelencia de todas.*

13. Éste es lenguaje de Santo Thomas, el cual en la primera parte, quest. 4. art. 2. adoptando una proposición, extraída del libro de *Divinis Nominibus*, atribuido a S. Dionisio Areopagita, asienta, que de Dios no se ha de decir que es esto, y no es aquello, antes es todas las cosas: *Deus non quidem hoc est, hoc autem non est, sed omnia est.*

14. Esta grande máxima de que Dios es no una, u otra, sino todas las cosas, explica, y prueba el Santo Doctor [6] en el mismo artículo; y la explicación, tanto es más clara, como asimismo tanto más eficaz la prueba, quanto consiste en una Filosofía llana, y sencilla. Pregunta Santo Thomás en aquel artículo, ¿si Dios contiene en sí mismo las perfecciones de todas las cosas? *An in Deo sint perfectiones omnium rerum?* La respuesta es afirmativa, y la prueba es, que de todas las cosas es Dios causa primera, y universal: luego lo es de todas sus perfecciones, y por consiguiente todas las precontiene en sí mismo; porque ningún agente puede dar lo que no tiene.

15. Con esto me veo ya en el término hacia donde he empezado a caminar desde el principio de este Discurso. Si en Dios están, sin faltar alguna, las perfecciones de todas las criaturas; luego quanto hay de bueno en éstas, se halla en Dios. Esta proposición, no sólo es consecuencia de aquélla, mas aún idénticamente la misma. Lo propio digo de esta otra consecuencia inmediata a la expresada: luego en Dios se halla quanto tienen de amable las criaturas; pues siendo objeto necesario del amor el bien, los términos *bueno*, y *amable*, no sólo son convertible, mas aún sinónimos.

16. Supuesto esto como evidente, ¿qué puede amar el hombre en las criaturas, que no halle en Dios? Quanto pueda amar en ellas, es preciso que tenga algo de amable, o bueno; y quanto es amable, o bueno está contenido en Dios. Extienda los ojos por todo el mundo, examine atentamente qué es lo que en esa colección más le enamora: ¿podrá negar, que eso mismo que más le roba el afecto, le vino de Dios, y por consiguiente, que toda perfección, que constituye amable a sus ojos ese objeto, es una parte de las innumerables de que se compone la infinita excelencia de la Deidad? Ame, pues, a Dios, ya que en él encuentra quanto es amable en el mundo.

17. Pero aún es poquísimos lo que he dicho. Es constante que como Dios hizo este mundo, pudo hacer otro mucho